

Historia de la Unidad Popular

Volumen II

De la elección a la asunción: los álgidos 60 días
del 4 de septiembre al 3 de noviembre de 1970

Jorge Magasich Airola



Índice

Introducción	9
El viernes 4 de septiembre	13
Los resultados	16
Primeras reacciones	17
Primera semana: del lunes 7 al domingo 13 de septiembre	23
Pavor en los medios conservadores: fugas de Chile	24
Una semana con corrida bancaria y posicionamientos	27
Se inicia el «Gambito»; el primer golpe que no fue	32
La DC anuncia las «garantías». Mengua el boicot económico	34
Frei y sus próximos precisan el plan	37
La escolta del «Presidente electo»	40
Si las industrias paralizan, las harán producir los trabajadores	41
Segunda semana: del lunes 14 al domingo 20	43
La decisión de perpetrar el golpe de Estado	48
Conversaciones de dirigentes de la UP con militares	51
Reunión de Allende con Montero y Merino	52
El segundo golpe que no fue	55
Korry: «Condenar a Chile y a los chilenos a la mayor privación y pobreza» y «neutralizar a Schneider»	58
La puesta en marcha del pedido de «garantías»	60
La reorganización de la extrema derecha: Patria y Libertad y el FRI	61

Tercera semana: del lunes 21 al domingo 27	65
Discurso alarmista del ministro Zaldívar	67
Lo que se sabe de las presiones a militares	71
Naufraga el segundo proyecto de golpe; continúa el tercero	73
Atentados para crear un clima de caos	75
«Visitas» acosadoras a militares	79
La DC entrega dos documentos sobre las «garantías»	81
Cuarta semana: del lunes 28 al domingo 4	85
Presiones sobre la DC	87
Más atentados; casi arde el aeropuerto	90
El intercambio entre Allende y la DC sobre las garantías	91
La XX Junta Nacional de la DC el sábado 3 y el domingo 4	94
Temibles guerrilleros húngaros	98
Quinta semana: del lunes 5 al domingo 11 de octubre	101
La ley de televisión: no habrá canales para la U. Técnica y la U. de Concepción	107
Korry: «un golpe sería un desastre»; Kissinger: «se requiere una acción drástica»	111
Hecksher: no importa que haya diez mil muertos	113
Preparativos de golpe	115
Paroxismo terrorista	117
Actos de pobladores sin casa; falsa simetría con los atentados	119
Sexta semana: del lunes 12 al domingo 18 de octubre	123
En Washington, algunos preparan la desestabilización del futuro gobierno	127
Y otros preparan un golpe en los próximos días	128
El intento de asesinato de Allende por el comandante (R) de la FACH Sergio Montero	132
Séptima semana (corta): del lunes 19 al atentado del jueves 22 de octubre	137
Detención del prófugo Arturo Marshall y la oportuna denuncia del MIR	139
La DC impone el voto por Allende; Aylwin se pronuncia por un bloque DC-derecha	142

El atentado contra el general Schneider	145
El tercer intento	151
Asume el general Prats y Allende obtiene el reemplazo del director de Investigaciones	155
El tercer golpe que no fue	156
La CIA envía una nota triunfalista: «Schneider has been removed»	157
Últimos días: del voto del Congreso el 24 de octubre a la asunción el 3 de noviembre	161
El voto del Congreso	161
Los nuevos comandantes en jefe	163
Nacimiento de La Prensa	165
Desmantelamiento de la base en Rapa Nui	166
El primer gabinete	167
La transmisión del mando, una ceremonia ecuménica	168
¿El caso Schneider en la Justicia?	173
Fueros, sentencias y radical reducción de sentencias	177
Impunidad bajo dictadura	184
Perpetradores, condenas e impunidad	185
Conclusión	191
La persistente justicia de clase	192
Tres proyectos de golpe y tres personalidades	193
Frei	195
Ossa	197
Korry	197
Bibliografía	199

Introducción

Los sesenta días que transcurren entre la victoria electoral de la Unidad Popular el 4 de septiembre y la asunción a la presidencia de Salvador Allende el 3 de noviembre, serán uno de los períodos más álgidos de la historia de la República, cuyo hito principal es el voto del Congreso Pleno para elegir entre Allende y Alessandri el 24 de octubre.

A la actuación de los tres grandes bloques, marcada por el trascendental debate sobre las «garantías» constitucionales, se agrega una intensa injerencia de varias instituciones estadounidenses –con diferencias entre ellas–, y en menor medida de otros países, lo que combinado con la actuación de buena parte de las derechas nacionales desemboca en, al menos, tres intentos de golpe para impedir la asunción de Allende, que esta vez fracasarán.

El elemento primordial para entender el trienio que se inicia, difícil de establecer a través de fuentes históricas clásicas, es que la victoria de la Unidad Popular provoca la transformación de la visión que «los de abajo» tienen de sí mismos. El antiguo anhelo por fin concretado de un «gobierno popular» suscita un torrente de esperanzas en trabajadores manuales, campesinos, nanas y servidores de todo tipo, hasta entonces no desconsiderados por las élites, cuando no menospreciados.

Los desposeídos viven, varios de ellos por primera vez, la deslumbrante sensación de ser protagonistas de la revolución en marcha, de incidir sobre el curso de la historia. Y se nota: se expresan con más seguridad y orgullo. Pronto recibirán un trato más respetuoso, reconocimiento de los nuevos tiempos. No sólo están en juego intereses materiales; los humildes han asumido un nuevo rol y un nuevo rango, que buscan preservar a toda costa. El clima de regocijo popular se revela en los rostros de los manifestantes de izquierda, de los que emana a menudo alegría y esperanza, a diferencia de sus contrarios, que suelen expresar una mezcla de rabia y angustia¹.

¹ Esta observación fue hecha por Claudio Díaz, un historiador que entonces era de derecha.

Este ímpetu se consolida en el refuerzo de sindicatos y de otras organizaciones sociales que multiplican las movilizaciones y los llamados a la vigilancia, y particularmente en los más de catorce mil Comités de Unidad Popular.

Vigorizada por su victoria, la Unidad Popular busca que la DC la reconozca y le dé sus votos en el Congreso, aunque bastaría una abstención. Juega en su favor el antecedente histórico de que en tres casos similares el Congreso eligió a la primera mayoría. La favorece también el rápido reconocimiento de la victoria de Allende por Radomiro Tomic, algunos dirigentes de la DC y casi toda su juventud.

Durante los sesenta días, la UP deberá enfrentar un complot que combina embates terroristas, propaganda negra y el inicio del boicot económico. Allende afirmará que durante esos días «yo no fui un hombre que se preparaba para tomar el gobierno, fui prácticamente un director de Investigaciones»².

La derecha esperaba ganar la elección, aunque en las últimas semanas algunos expresan la angustia de la duda. El resultado la deja estupefacta y en una situación difícil. Durante la campaña sus dirigentes habían repetido con ahínco que gana el que llegue primero, «aunque sea por un voto». Así lo había reiterado la editorial de *El Mercurio* el día de la elección:

Este diario incluso ha insistido en que la interpretación constitucional más equitativa es la consagrada por la costumbre y que reconoce el triunfo del candidato que obtiene la primera mayoría de los sufragios.

Muchos medios conservadores perciben la irrupción de «los de abajo» como una transgresión subversiva de las jerarquías de la clasista sociedad chilena. Más allá de cuestiones materiales, los ven como una turba amenazante a la que temen irracionalmente, al grado de clamar que alguien debe restablecer el «orden», como sea.

Por otra parte, muchos derechistas, impregnados del anticomunismo propio de la guerra fría, consideran que su deber es impedir que Chile «caiga en manos del comunismo», lo que justifica que «alguien» impida la llegada de Allende a la presidencia. Para ellos, la «opción militar» no es algo excepcional. En efecto, muchos conservadores no están a gusto con el sufragio universal practicado regularmente desde 1932 y siguen creyendo que un orden superior preexistente los designa como gobernantes. Si en las últimas décadas la mayoría de los conservadores y liberales se había mantenido a distancia de las aventuras militares, la necesidad,

² *Punto Final*, 126, 16/3/1971.

a sus ojos, de evitar un gobierno de izquierda aviva esta tentación. Sobre todo cuando el «nacionalismo» se ha transformado en una corriente dominante en el principal partido de derecha.

Por estas razones, la derecha –con excepciones– no tiene escrúpulos mayores en justificar un golpe militar, que aparece como un remedio a una sociedad degenerada. En pocos días los líderes alessandristas abandonan sin complejos la doctrina de que gana el candidato que obtiene la primera mayoría y llaman a votar por Alessandri en el Congreso. Así –dicen– se provocará una nueva elección donde el país podrá escoger entre democracia y totalitarismo, elección que les brindaría la ocasión de conformar un bloque con la DC de 1964. Los más extremos obran para provocar la impresión de caos y de crisis económica que induzca una crisis en el gobierno, bajo la forma de renuncia de varios ministros, o de todos, incluyendo la del Presidente. Es decir, generar desorden para «obligar» a las Fuerzas Armadas a «poner orden».

En la Democracia Cristiana el triunfo de Allende suscita fuertes tensiones. Su sector de izquierda, importante y tal vez mayoritario en 1970, lo ve con simpatía y se muestra dispuesto a facilitar su llegada a La Moneda. Pero para su ala derecha, congregada en torno a Frei, la primera prioridad es «detener al comunismo», igual que la derecha. Varios demócratacristianos obrarán por un golpe en 1970.

Pero, a diferencia de la derecha, el PDC debe preservar su imagen democrática a todo precio. Esto es crucial para un partido que se presenta como reformador social, asociado con sectores populares. Los dirigentes demócratacristianos de derecha pueden, como máximo, insinuar discretamente un golpe, de manera subyacente, pero en ningún caso aparecer vinculados a él incitándolo abiertamente. Si lo hacen el Partido se quiebra y se derrumba la perspectiva de un futuro gobierno DC.

La pugna entre los dos sectores toma la forma de un tenso debate entre, por una parte, la posición de la mayoría de la directiva de condicionar el voto por Allende en el Congreso a la firma de un «estatuto de garantías» redactado *con* la Unidad Popular. Mientras, por otra parte, su ala derecha que propone enviar las «garantías» al Parlamento *sin* negociarlas con la UP, dejando abierta la posibilidad de votar Alessandri.

En Washington, el presidente Richard Nixon toma, el 15 de septiembre, la decisión de impedir que Allende llegue a la presidencia en nombre de la peligrosidad del comunismo. La CIA queda encargada de fabricar una sensación de caos y una crisis política que justifique una intervención militar, en lo posible antes de la sesión del Congreso Pleno el 24 de octubre. Para esto, la Casa Blanca busca coordinar a todas las derechas, incluyendo el ala derecha de la DC, e instiga el nacimiento

de grupos paramilitares, como Patria y Libertad y otros, que lanzan una ola de acciones terroristas.

Sin embargo, los tres intentos de golpes fracasarán. Nixon tiene entonces la impresión de que basta una orden suya, algo así como pulsar un botón, para provocar un golpe de Estado. Esta vez habrá fuerzas en la sociedad que lo anularán.